

Urbanización y metropolización en Iberoamérica: una realidad a enfrentar en el siglo XXI

Amalia Inés GERAIGES DE LEMOS

LOS ANTECEDENTES

Los procesos que produjeron la urbanización en Iberoamérica deben ser considerados como un fenómeno multidimensional donde se tienen que analizar los problemas económicos, espaciales, demográficos, sociales, culturales y políticos.

No podemos tener una visión simplista y mecánica donde se relacione con la modernidad a las situaciones políticas y económicas con dimensión social que se viven en América Latina.

Para poder hacer ese tipo de análisis hay que considerar los espacios cargados de tiempos, con desarrollos diferentes y diferenciados que produjeron una organización territorial con características estructurales particulares en cada región o país de este continente.

América Latina es hoy el continente más urbanizado y al mismo tiempo concentra algunas de las áreas metropolitanas mayores del mundo como México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro y Caracas entre otras.

Esta constatación nos lleva a ver que desde los primordios de la ocupación y antes de la llegada de los europeos la organización espacial de América Latina ya poseía una realidad urbana según podemos verificar en la siguiente arenga de un cacique azteca: «Aquí tenochcas aprenderéis como empezó la renombrada, la gran ciudad, México-Tenochtitlan, en medio del agua, en el tular, en el cañaveral,

donde vivimos, donde nacimos, nosotros los tenochcas». (Crónicas Méxicayotl). Estos escritos nos muestran que tenían los aztecas conciencia de pertenecer a una gran ciudad y de referencia al lugar donde se realizaba su cotidiano.

Con la llegada de los europeos, africanos y asiáticos —en diferentes momentos históricos— llegaron también las diferentes etapas de la «modernización» que crearon la identidad que hoy llamamos de «latinoamericana». Esa profunda dicotomía, que crea en la población la sensación de vivir en dos mundos al mismo tiempo, y que vive la experiencia de estar material y espiritualmente en un mundo que no llega a ser totalmente moderno. Milton Santos en su libro *Ensaio sobre a Urbanização Latino Americana* (1982) escribe: «En América Latina, la génesis del fenómeno urbano es diferente. En principio este es el único continente que conoce elementos de modernización durante el período del comercio en gran escala. Este hecho le confiere una especificidad, ya que las ciudades que fueron fundadas para responder a las necesidades de los intercambios se beneficiaron con los elementos de modernización de la época» (p. 12). Esta afirmación del autor al respecto lo hace comparar el fenómeno urbano con los continentes africano y asiático afirmando: «En América Latina la colonización se fundaba en la expansión agrícola y la explotación mineral, responsables por el comercio que alimentaba la vida urbana» (p. 13).

Como los tiempos de esos espacios fueron producidos antes de la revolución industrial, las ciudades de América Latina vivían una paulatina europeización. La sociedad urbana en clases, donde los «peninsulares» ocupaban la cima de la pirámide, era naturalmente aceptada por los indios y negros —los que más sufrían esta dominación. «Lo que no excluye la rebelión de determinadas clases en algunas ciudades: las revoluciones o “movimientos sociales” tenían un carácter urbano» (p. 13).

En Iberoamérica los diferentes momentos económicos, sociales y políticos que se vivió en sus períodos históricos conformaron lo que Milton Santos denominó «Una Geografía de la Urbanización en América Latina».

Esta Geografía permitió la formación diferente entre las llamadas «fachadas» Atlántica y la del Pacífico que dan características propias al poblamiento y al proceso de urbanización de estas regiones.

Las diferencias se inician con sus cuadros físicos. En la costa Pacífica las abruptas montañas que como columna vertebral se extienden de Norte a Sur, con pequeños valles alternantes entre algunos longitudinales, y otros transversales, orientaron la penetración, dificultándola así como las comunicaciones. Los obstáculos del relieve sostuvieron incluso el poder de los «caciques» locales y regionales y lo que probablemente dio origen a la formación de tantos estados nacionales desmenbrados de los antiguos tres virreinos: el de Nueva España, Nueva Granada y el de Perú.

La fachada Atlántica, con relieves más suaves de llanuras y mesetas para el interior, con los ríos que nacen en el litoral —Serra do Mar— y desagúan en el

este —cuenca del Plata— ayudaron las entradas de la población «que se orientan en la misma dirección y facilitan también la penetración» (Santos, M. p. 15).

En la fachada del Pacífico la explotación económica es minera, la agricultura comercial es prácticamente del siglo XIX. En la del Atlántico, al contrario, se inicia la organización espacial con la agricultura comercial, la explotación minera es bastante posterior.

Milton Santos continua analizando la Geografía de la urbanización latinoamericana diciendo que: «En el lado del Atlántico se siente la necesidad de transportar grandes masas de productos pesados (por ejemplo, azúcar, tabaco, algodón, trigo); en el lado del Pacífico, al contrario, se transportan pequeñas cantidades, sin embargo de gran valor (por ejemplo: oro y plata)».

Estas ciudades estaban localizadas en el interior del territorio donde se encontraban las minas productoras y al respecto se refiere el autor antes citado: «necesitaban estar próximas de la actividad principal, actividad que exigía gran vigilancia por parte del “fisco” (el sistema impositivo español era más pesado en relación al sistema portugués; entre otros existían los impuestos siguientes: “donativo” (tributación indígena), “avería” (tasa de transporte), “alcabala” (tasa sobre las ventas), “quinto” (quinta parte de la producción de las mismas...» (p.16). Había que localizar también un puerto que no siempre estaba próximo al emplazamiento productivo, era un puerto subsidiario y con muy pocas actividades de sostenimiento a la gran riqueza que exportaba: Guayaquil, Callao y hasta Buenos Aires en relación a Potosí. Las ciudades del litoral Atlántico eran al mismo tiempo puerto, lo que significaba una mayor relación con las metrópolis europeas y al mismo tiempo una facilidad en su expansión y comunicación, beneficiadas por las condiciones físicas. Surgidas en la necesidad de mantener las zonas agrícolas próximas, ellas fueron los nudos de conexión de las redes que se formaron entre las áreas de producción y las áreas distribuidoras y consumidoras.

«La proximidad de los contactos aumenta la productividad de la red, con lo que se produce una mayor y más rápida acumulación de los recursos. La actividad agrícola permite mayor distribución de rentas que la extracción minera» (p. 16). «Se intensifican y aumentan los productos “para la ciudad y en la ciudad”, lo que resulta en un aumento de la población y en los empleos». Hay una multiplicación de actividades que la ciudad diversifica en sus funciones: los comerciantes, los estancieros y agricultores enriquecidos, los empleados administrativos, los peones y trabajadores del puerto, así como las funciones religiosas y militares, «... por lo tanto menos sensibles que las ciudades mineras a las frecuentes crisis económicas, lo que es tanto más verdadero en cuanto en la región se cultive más que un producto. Por ejemplo: Buenos Aires, trigo y ganado; Salvador, azúcar y tabaco; Recife, azúcar y algodón» (p. 16).

Las fachadas del Atlántico y la del Pacífico poseían cada una de ellas una organización espacial expresada en las formas económicas diferentes que desa-

rollaban, en el nudo de las redes urbanas mantenidas en la «potencia urbana» que la facilidad o dificultad de los transportes permitían. En las ciudades del este era más fácil materializar las relaciones expuestas. En ese espacio descrito, las principales ciudades de la época eran México y Lima en la fachada Pacífica; Cartagena de Indias —el gran puerto exportador de las riquezas del Pacífico— en el Caribe, y Salvador, Recife y la pobrísima Buenos Aires —una aldea— en la fachada Atlántica.

Las ciudades españolas, formadas según la Ley de Indias de Felipe II, tenían una unidad funcional con su región que les brindaba la institucionalización de los cabildos, o sea los gobiernos locales que se responsabilizaban por hacer cumplir las ordenanzas que regían el uso del suelo.

De cualquier manera al terminar el siglo XVIII, la población urbana de América Latina no superaba el 25 por 100 de la población total, aunque algunas regiones eran más urbanas que otras:

Perú y Ecuador:	10 por 100 población urbana
Áreas lusitanas.....	3 por 100 población urbana

Al final del período colonial se había formado una red de ciudades que, según dice J. L. ROMERO (1982) «debía crear un mundo dependiente y sin expresión propia, periferia del mundo metropolitano. Estaba pensada para salvaguardar la cultura cristiano-occidental, amenazada por el mestizaje biológico y cultural con los indígenas» (p. 3).

«El último cuarto del siglo XVIII es un período de mayor crecimiento económico al quedar poco a poco minadas las bases de los imperios peninsulares por la acción impetuosa del capitalismo inglés que se manifiesta tanto en el comercio y contrabando como en la influencia de ideas políticas y culturales. El cambio económico no alcanza a los sistemas productivos. Por tanto las haciendas, las plantaciones como las minas mejoran su organización, pues crece el mercado interno» (Yurnovsky, O, citado por Benasayag, E. p. 638).

La segunda mitad del siglo XVIII, trae para las ciudades latinoamericanas transformaciones que las hace entrar en una economía más libre, en una sociedad más abierta y aburguesada donde se recibían con vigor las nuevas ideas sociales y políticas. «El comercio fue la palabra de orden para quienes querían salir de un estancamiento cada vez más anacrónico: parecía que la riqueza había adquirido una nueva forma a la que había que adherirse decididamente si se quería adoptar el camino del progreso» (Romero, p. 19).

La palabra que movía todas las ideas era progreso y éste estaba asociado al libre comercio con proyecciones de libertad e independencia para los burgueses y criollos de Iberoamérica. La nueva clase social que se estaba formando —la burguesía criolla— urbana e ilustrada serían los responsables por la penetración de la

modernidad «periférica» como es denominada por Beatriz Sarlo para América Latina.

Se consolidó en las ciudades Iberoamericanas un fuerte poder mercantil mantenido en el comercio y las finanzas con proyecciones también en el sistema productivo, encerrando en las manos de esa burguesía criolla todos los procesos del poder económico. Poder económico este —«grupo híbrido entre lo urbano y lo rural»— que fue el responsable de las transformaciones también políticas, sociales y culturales que se inician en los comienzos del siglo XIX, primeramente en Brasil y posteriormente en los otros países.

La penetración de la modernidad en las relaciones de nuestro continente se concreta en el desarrollo mayor de la producción y del consumo. Este proceso es selectivo comenzando por los países del denominado como Sur —Argentina, Uruguay, Chile, Brasil—, posteriormente se extiende a los otros países del continente. El comercio se intensifica entre 1850 y 1913. El progreso «infinito» y el libre cambio lleva a la nueva clase dirigente a incentivar las inversiones extranjeras —especialmente inglesas—, a la conquista de nuevas tierras hasta este momento en manos de los indígenas —Sur de la Argentina, de Chile, sur y norte de Brasil— y al ingreso en masa de inmigrantes europeos. Se fundan nuevas ciudades que den soporte a las áreas desbravadas de los frentes pioneros, algunas agropecuarias —Argentina, Brasil—, mineras otras, en Chile, Bivivia, Colombia, México. En algunos países como Argentina, Uruguay, Chile y Brasil estas actividades se convierten en importantes polos de expansión industriales, en especial sus ciudades capitales.

Hacia 1925, el sector industrial (moderno y artesanal) respondía por el 13,7 por 100 de la población activa latinoamericana y una parte no despreciable del PIB: 21 por 100 en Argentina; 13,5 por 100 en México; 11 por 100 en Brasil; 7 por 100 en Chile y 6 por 100 en Colombia» (GARCÍA, R. y OTROS, *op. cit.*, p. 99).

Según el mapa 1, en 1900, ya hay importantes áreas metropolitanas como el conjunto Buenos Aires-Montevideo, Río de Janeiro-São Paulo; Habana y México.

Tabla I

Buenos Aires.....	730.000 habitantes
Río de Janeiro.....	810.000 habitantes
São Paulo.....	240.000 habitantes
Santiago.....	278.000 habitantes
Valparaiso.....	150.000 habitantes
México.....	345.000 habitantes
La Habana.....	250.000 habitantes
Rosario.....	110.000 habitantes

Fuente: GARCÍA, R.; CORDERO, F.; IZQUIERDO, A: Economía e Geografía del Desarrollo en América Latina.

El territorio sufre las exigencias de esas relaciones y en su producción y organización tienen como sustentación la red urbana y el sistema urbano nacional y en algunos países también el regional. Solamente a partir de la Segunda Guerra Mundial podemos hablar de una integración territorial que desorganizó los mercados regionales y trajo como consecuencia el gran proceso de urbanización. La integración territorial y la formación de grandes ciudades trajo para Iberoamérica la creación de un mercado consumidor único —el nacional—. El «individuo consumidor» es el verdadero producto de la modernidad urbanizada latinoamericana.

Los grandes centros de cohesión hasta 1950 eran Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo y Habana, donde la localización del poder y de la gestión eran las condiciones exigidas para la realización de la organización agraria de esos países y de las regiones que estas metrópolis representaban.

La urbanización en ese momento podemos considerarla el 37 por 100 de la población y de ese porcentaje el 35 por 100 habita en las metrópolis, y el resto se dispersa por ciudades pequeñas y medias.

EL APOGEO METROPOLITANO

A partir de 1950 profundas transformaciones se producen a nivel mundial y continental, nuevas relaciones económicas y de poder se desarrollan entre los diferentes países de América Latina y los países industrializados. El resultado de esas nuevas relaciones contribuyeron a incentivar la formación de un proceso de industrialización en la sustitución de importaciones y de productos de consumo rápido, para el nuevo mercado nacional que se estaba organizando.

En otras palabras, las sociedades de América Latina no están fuera del universo industrial contemporáneo, solamente que por su condición dependiente, consumen los bienes del mercado industrial internacional produciéndolos parcialmente, aunque la vida de estas poblaciones estén profundamente marcadas por su participación en las industrias metropolitanas. «El proceso de industrialización de la sociedad y de la cultura urbana latinoamericana continúa siendo, en conjunto, mucho más que un fenómeno de participación en el mercado industrial internacional de desarrollo de su producción industrial interna y de participación en ella» (Quijano, A. 1978, p. 37).

Este proceso no se realizó en todos los países de forma semejante: Argentina, Uruguay, Chile, Brasil y México son los espacios elegidos para realizar esta primera etapa de transformación. Las inversiones extranjeras están concentradas según los datos a seguir:

21 por 100 en la Argentina, en especial en el Gran Buenos Aires, Córdoba y Rosario.

36 por 100 localizados en el Brasil siendo sus principales sedes São Paulo, Río de Janeiro y también Belo Horizonte.

17 por 100 para el Gran México, o sea el área metropolitana aunque también se hace sentir en Guadalajara y Monterrey.

En el mismo período, el 66 por 100 de las inversiones petroleras son remitidas a Venezuela y en cuanto a las mineras 53 por 100 para Chile. Se debe destacar que las metrópolis y principales ciudades de estos países recibían los mayores y mejores efectos de estas transferencias.

A partir de los años 60 hay grandes cambios no sólo en los niveles de urbanización como especialmente en relación a la estructura urbana metropolitana. En 1980, la población urbana llega al 70 por 100 para América Latina como un todo, aunque los países del llamado «Cono Sur» ultrapasen los 80 por 100 (mapa 2).

Hay también nuevos rumbos en relación a la distribución de la población: hay una preferencia por las metrópolis y de las ciudades medias produciéndose un vaciamiento en las pequeñas.

El mayor crecimiento de las áreas metropolitanas ocurre en la década del 50 cuando ultrapasen los 40,6 por 100 de la población urbana, destacándose los países antes mencionados. Es la modernidad que se instala a través de la localización del proceso productivo industrial para beneficiarse del «capital fijo fijado» (Santos, M., 1989) existente en las metrópolis (mapa 2).

Hay una concentración en esas metrópolis de los «fijos y de los flujos». Una exacerbación de todos los flujos: de personas, de capital, de plusvalía, de productos, de mercaderías, de comunicaciones, de conocimientos, de informatización, etc.

Mucho se ha escrito y criticado sobre las metrópolis latinoamericanas como «gigantescas cabezas de cuerpos pequeños», forma metafórica de explicar la organización espacial producto de la movilidad de la población rural, en general, ideológicamente orientada y dirigida hacia los grandes ciudades.

La «macrocefalia» continental era la resultante del concepto que se tenía en ese momento histórico del «significado» de metrópolis: sinónimo de calidad de vida —consumo, reino de la libertad y del anonimato, paraíso de las diversiones—. Imagen vendida por el sistema para sustentar las necesidades del capitalismo monopolista de Estado y que, citando a German Wettstein podremos afirmar «...no existen padrones científicos, que permitan juzgar como “excesivo” ningún grado de concentración urbana. Toda urbanización está relacionada con el desarrollo de las fuerzas productivas, la base de nuestra problemática urbana está dada, entonces, por el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas en América Latina, como consecuencia de la situación de subdesarrollo y dependencia» (1989, p. 258).

El ápice del proceso que acabamos de describir se da en los años 60, cuando el Estado se hará presente con la construcción de infraestructuras, equipamien-

Mapa 2



Fonte: GARCÍA, R.; CORDEIRO, F.; IZQUIERDO, A. (op. cit.), p. 100. Adaptação AMALIA INÉS G. LEMOS.

tos y creando una serie de actividades necesarias a la reproducción del capital, haciendo incluso cambios a nivel político-administrativo con nuevas reglamentaciones de la ley del uso del suelo —para permitir que haya transferencia en gran escala del capital financiero para el sector inmobiliario. En el nivel social, permitirá el ingreso en masa al mercado de trabajo de la gran cantidad de inmigrantes descalificados que ocupan la metrópolis y que serán los obreros de la construcción de esas nuevas necesidades producidas. A partir de 1950, y en especial durante las décadas del 60 al 80, la ciudad de México recibía 700.000 migrantes por año, y en ese mismo período 7 millones de migrantes se distribuyeron entre São Paulo y Río de Janeiro, localizándose en la primera más de 5 millones.

En la década de 1960 el mundo vive momentos de gran «felicidad» y América Latina se hace partícipe de esos «felices años», entonando su desarrollo al compás de las músicas de los Beatles, conmovida por la gesta del «Che» Guevara, atenta a las fuerzas de liberación de países subdesarrollados, maravillada por los viajes espaciales, sacudida por la revolución de las costumbres...

Las metrópolis latinoamericanas están siendo palco de grandes procesos especulativos con el loteo de lo que se denominó «periferias». Enormes áreas suburbanas que son fraccionadas para la localización de esos millones de nuevos habitantes urbanos que llegaron y necesitan de sus «locus» para residir. Intensifican las formas de autoconstrucción de la vivienda al mismo tiempo que proliferan las «favelas», «rancheríos», «villas miserias», y los «cortiços», «conventillos», «vecindades» o cualquier otro término que el idioma nacional haya creado para rotular peyorativamente una población que no tiene condiciones para comprar su espacio, producido por la industria de la construcción civil.

El espacio metropolitano llega a fines de los años 70 presentando una dialéctica que ya no es más rural-urbana cuanto centro-periferia. Dialéctica esta que se vive en el cotidiano de la vida de la población: el centro donde se concentran los servicios, los transportes, las condiciones favorables para residir, es decir, el reino de la modernidad; la periferia —en el área suburbana— el propio nombre lo dice, área subordinada, segregada, de frígido control social, área producida para subsistir más que para existir, habitada por personas socialmente semejantes y cuya única finalidad es la reproducción barata de la fuerza de trabajo, donde ni la modernidad ni la modernización llegaron todavía.

En esa segregación espacial, márcase también con una segregación física-geomorfológica y también ambiental: los valles inundables, las colinas escorredizas, las sierras escarpadas, los barrancos abruptos, los barrios con altísimos contenidos de elementos contaminantes —pues frecuentemente son vecinos de industrias poluentes— acostumbra ser el «hábitat» de esa población.

LOS AÑOS DE LA CRISIS: DE 1980 A NUESTROS DÍAS

Las noticias periodísticas rotularon a este período de «Década Pérdida». América Latina cayó en la armadilla de la deuda externa y 460 millones de habitantes del continente deben cargar en sus hombros las consecuencias. El Producto Interno Bruto (PIB) cayó un 6 por 100 desde 1980 y el promedio considerado de la inflación continental encontrábase alrededor del 530 por 100 al año, en cuanto a fines de los años 70 era de 56 por 100. El continente como un todo ya no participa del proceso económico internacional, el padrón de vida bajó en todos los países que lo componen, la insatisfacción aumentó y las instituciones incluyendo el Estado están cada vez más frágiles.

Pero, al mismo tiempo, en estos últimos 10 años el continente presenció uno de los más acelerados procesos de concentración de renta de todo el mundo: 10 por 100 de la población absorbe más del 50 por 100 de la riqueza regional.

Esta situación que se inicia a fines de los años 70 se agudiza todavía más con los problemas de las dictaduras militares. Es decir, vivíamos una fuerte crisis política y una intensa crisis económica.

Aunque los datos estadísticos nos muestran un aumento de la población urbana del 70 por 100 para 1980, hay que analizar aquí algunos problemas importantes:

1. La gran persecución desencadenada por los gobiernos militares que, aparte de hacer desaparecer varios miles de habitantes, provocaron la emigración de muchos millones de ellos. Argentina perdió de 1975 a 1978 alrededor de 2,5 millones de habitantes. Chile, después de la caída del gobierno Allende, pierde más de 1,3 millón de habitantes, y para Uruguay se calculan en 350.000 los emigrados. Lo mismo puede decirse de Paraguay, Cuba y otros países de la región del Caribe.

Aunque muchos de los emigrados encontraron nueva residencia en los países latinoamericanos que los recibieron, la gran mayoría buscó refugio en los EUA, Canadá, Australia y, principalmente, Europa. Esta población que sufrió los problemas políticos en su gran mayoría era urbana y casi en su totalidad metropolitana. El ejemplo es Uruguay, Montevideo pierde el 10 por 100 de su población.

2. Consideremos también otros tipo de limitaciones al análisis del problema de la urbanización y metropolitización que acontecieron en esta década oscura: la guerrilla en Perú, país que vive en una virtual guerra civil que ya mató en Lima más de 15.000 personas. La guerra civil de El Salvador, el problema y la guerra de la droga en Colombia, haciendo de Bogotá su palco predilecto. En fin, cuestiones políticas que crean nuevas problemáticas urbanas, en la consideración del crecimiento metropolitano.

3. La crisis económica que estos países viven hace que se creen políticas rotuladas de «austeridad», las cuales limitan las inversiones a nivel nacional y particularmente metropolitana.

4. Observamos también una selección en las fuerzas productivas y una «desindustrialización» o cierre de ciertas formas industriales que se tornaron obsoletas o la retracción del mercado hizo que la producción ya no fuera más rentable. Argentina, a fines de la década de los 70, tenía 1,5 millones de trabajadores de la industria que, en 1981 habían sido reducidos a 790.000, aumentando el número de los desempleados y subempleados. La desocupación abierta en las grandes ciudades de los países Iberoamericanos siguió en 1992 en el rango del 6 por 100 de la fuerza de trabajo, cifra que se mantiene desde finales de la década de los 80.

Estimativas del PREALC sobre la desocupación total según encuestas en hogares y otras fuentes oficiales, Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Venezuela que albergan el 80 por 100 de la población activa del continente, continúan con el índice de desempleo semejante a los inicios de los años 80.

Esta situación trajo consigo el aumento de las actividades informales o por cuenta propia del 47 por 100 en 1985 al 53 por 100 en 1990.

Algunos datos del PREALC en relación al desempleo en las grandes ciudades.

Gran Buenos Aires	6,7 por 100
Rosario.....	9,3 por 100
Río de Janeiro.....	3,4 por 100
São Paulo.....	5,4 por 100
Recife.....	7,1 por 100
Salvador.....	5,6 por 100
Barranquilla	10,9 por 100
Bogotá.....	8,4 por 100
Cali	9,8 por 100
Medellin.....	14,0 por 100
México.....	3,4 por 100
Monterrey.....	3,2 por 100
Montevideo	9,0 por 100
Caracas.....	6,7 por 100

Débase considerar que los datos contenidos en estas estadísticas no siempre expresan la total realidad de los llamados desempleos disfrazados.

Añádase aquí también las nuevas tecnologías de punta que algunos países instalaron (Brasil, Argentina) que aumentó el índice de desempleados y que está obligando a una reformulación de las actividades urbanas, multiplicándose el llamado sector informal de la economía y que frecuentemente está articulado a la economía formal, actitud ésta que provoca una discriminación de las responsabilidades laborales del gran capital para con la mano de obra asalariada.

5. Del punto de vista del crecimiento demográfico metropolitano también se está procesando una desaceleración, no sólo a nivel de descenso de la fecundidad sino también a un decrecimiento de la migración.

Las tasas de incremento de la población de las grandes ciudades en esta década del 80 no ultrapasaron los 2,5 por 100 anual, lo cual representa nuevas perspectivas para los cálculos que sustentaban la ideología del gigantismo metropolitano para el año 2000.

Así la Ciudad de México que en 1970 representaba el 37,0 por 100 de la población urbana total del país, en los años 80-85 representa el 30,4 por 100; Buenos Aires que siempre fue considerada el ejemplo de la macrocefalia y absorbía el 50,1 por 100 de la población urbana en 1970, tuvo un crecimiento del 40,7 por 100 a partir de 1980. La población residente en Caracas era del 27,4 por 100 en 1970, disminuyendo al 15,3 por 100 de 1980 a 85; y la mayor expresión de la «macrocefalia» urbana representada por Lima que en 1970 posee el 78,6 por 100 de la población urbana del país tiene un descenso del 65 por 100 para el período 1980-85.

Pero la gran problemática latinoamericana en estos momentos no es el tamaño de las metrópolis, más la continúa tendencia de nuestra urbanización que es la gran segregación espacial y social de los habitantes, hoy alcanza hasta la mitad de la población de las áreas de algunas grandes ciudades; hay un contingente muy numeroso de gente con condiciones de intensa pobreza.

Según los datos recogidos por el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y social (ILPES), dependiente de la CEPAL y publicados en 1994, del total de la población de 460 millones, casi 230 millones viven debajo de la línea de la pobreza una quinta parte de ella vive en estado de extrema pobreza siendo que de ella una quinta parte vive en estado de extrema pobreza. Inclúyense aquí América Latina continental y el Caribe. Los mecanismos de exclusión social han concentrado aún más la riqueza en pocas manos (10 por 100). Actualmente en las ciudades, de cada 5 habitantes 2 son pobres.

Continúa el estudio presentado por el órgano de la CEPAL que, entre 1980 y 1990, la pobreza aumentó en 60 millones de personas, es decir, que pasó al 46 por 100 del total de la población.

Cabe subrayar que la población urbana fue más afectada que la del medio rural, pues cerca de 53 millones del total de 60 millones de nuevos pobres residen en el medio urbano. La pobreza en América Latina pasó así a ser un fenómeno masivamente urbano.

Los censos que se realizaron en 1990, en los diversos países de América Latina (menos el Brasil que lo realizó en 1991), lanzaron una población urbana superando el 81 por 100, concentrándose éste en las grandes y medias ciudades y adensándose también los problemas.

6. La crisis de los años 80 trajo cambios en el proceso productivo, nuevas formas de producción por pequeñas y medias empresas que nacieron y existen por el hecho de poseer un mercado de grandes posibilidades de consumo. De cada 100 nuevas ocupaciones que se generaron entre 1990-1992 en la economía latinoamericana, 81 se concentra en la pequeña y media empresa así como en el sector informal. «En cuanto mayor la ciudad, tanto mayor ella se hace sinónimo de

mercado accesible. Como son las firmas medias y menores las que emplean más gente, su presencia da la posibilidad de existencia de un gran número de condiciones de trabajo. La masa salarial correspondiente trae un consumo diversificado y, de este modo, la diversificación de la producción, tanto industrial cuanto de servicios, está destinada al consumo elemental pero igualmente a una parcela de consumo más exigente. Esa accesibilidad al mercado local es uno de los elementos de explicación de la presencia, en las ciudades de los países subdesarrollados de tipos tan diversos de capital y tipos tan diversos de trabajo» (Santos, M., 1988).

La realidad a enfrentar en el siglo XXI no es muy promisoría. Iberoamérica es un continente urbanizado, con grandes áreas metropolitanas y ciudades que en comparación con otras de Europa, África y también Asia, pueden ser consideradas grandes ciudades, pero con un gran problema a considerar: los niveles de pobreza y miseria que se encuentran localizados en ellas, la «muerte» del empleo, implican la necesidad de buscar nuevas formas de trabajo, en fin, de crear lo que Milton Santos llama «ciudadanos» para poder hacer del siglo XXI que América Latina sea un «Espacio de Ciudadanos».

Terminando, citaré al escritor uruguayo Ángel Rama que dice: «América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que todavía espera por su realización concreta.»

BIBLIOGRAFÍA

- LOMBARDI, Mario y VELES, Danilo (ed.) (1989): «Las ciudades en conflicto». *Una perspectiva latinoamericana*. Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay, Ediciones de la Banda Oriental Montevideo.
- SANTOS, Milton (1988): «A Metrópole: modernização, involução e segmentação». Comunicação ao Simpósio *Trends and Challenges of Urban Restructuring*, ISA-JUPERJ, Rio de Janeiro, 26-30 set.
- WETTSTEIN, Germán (1989): «Subdesarrollo y Geografía». *Un manual para Latinoamericanos*, Ed. Índice, Montevideo.
- SANTOS, Milton (1982): *Ensaio sobre a Urbanização Latino-americana*. Hucitec, São Paulo.
- TOURAINÉ, Alain (1989): *Palavra e Sangue. Política e Sociedade na América Latina*. Editora da UNICAMP, São Paulo.
- Revistas TEMPO E PRESENÇA (1988-1989): números 242 y 249, años 11 y 12, Publicação de CEDI (Centro Ecumenico de Documentação e Informação), São Paulo.
- QUIJANO, Anibal (1978): «Dependencia, Mudança Social e Urbanização na América Latina». En *A Questão Urbana na América Latina*, organizado por Fernando López de Almeida, Forense-Universitaria, Rio de Janeiro.
- GARCÍA, Rigoberto; CORDERO, F. e IZQUIERDO, A. (1987): *Economía y Geografía del desarrollo en América Latina*. Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana. México.
- Revista DESARROLLO Y COOPERACIÓN (1994): Editada por Deutsche Stiftung für Internationale Entwicklung (DSE), Berlin, núm. 2
- ROMERO, José L. (1986): *Latinoamérica: las ciudades y las Ideas*. Siglo XXI Edit., Buenos Aires, 4a ed.
- BENASAYAG, Eduardo Muscar (1989): «Procesos de Urbanización y Modelos de Ocupación del Espacio en América del Sur». En *Estudios Geográficos*, Mérida (Venezuela), tomo L, núm. 197, octubre-diciembre.

RESUMEN

Urbanización y metropolización en Iberoamérica: una realidad a enfrentar en el siglo XXI.

Se consideran los procesos producidos por la urbanización de Iberoamérica —al mismo tiempo el continente más urbanizado y el poseedor de algunas de las mayores áreas metropolitanas del mundo (México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Caracas, etc.)—, como un fenómeno multidimensional que incluye problemas económicos, espaciales, sociales, culturales y políticos. Y para ello se parte de unos espacios cargados de historia, con desarrollos distintos y diferenciados que han producido una organización territorial con características estructurales particulares en cada país y en cada región de Iberoamérica.

ABSTRACT

Urbanization and Conurbanization in Iberoamerica.

Iberoamerica is the most urbanized continent with some of the greatest metropolitan areas in the worlds (México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Caracas, etc.). Its urbanization has given place to multidimensional processes that include economical, spacial, social, cultural and political problems. Their starting places are full of history, with different and separate developments that have resulted in a land organization with peculiar structural features for each country and each region in Iberoamerica.

RESUME

Urbanisation et métropolisation en Iberoamerique: une réalité à envisager dans le XXIème siècle.

On considère les processus produits par l'urbanisation d'Iberoamerique —le continent le plus urbanisé et qui en même temps quelques unes des plus grande aires métropolitaines du monde (Mexique, Sao Paulo, Buenos Aires, rio de Janeiro, Caracas, etc.) comme un phénomène multidimensionnel où il y a des problèmes économiques, spatiaux, sociaux, culturels et politiques. Et pour cela, le point de départ sont des espaces chargés d'histoire, avec des developpements différents et différenciés qui ont produit une organisation territoriale avec des caractéristiques structurales particulières dans chanque pays et dans chaque région d'Iberoamerique.